

MANUEL PINILLOS

DE HOMBRE A HOMBRE



Alisio

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1952

DE HOMBRE A HOMBRE

Este libro ha obtenido el Premio
Ciudad de Barcelona, 1951 de Poesía
castellana.





j-is.
52

JL 6 8157



MANUEL PINILLOS

DE HOMBRE A HOMBRE

Canarias P.R

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>84887</u>
N.º Copia <u>624358</u>



Alisio

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1952

De esta 1.^a edición de «De hombre a hombre» se ha hecho una tirada de dos ejemplares marcados A y B para el autor y directora de la edición respectivamente: el primero con los dibujos originales firmados por su autor y nominal; el segundo con un poema autógrafa del autor del libro y nominal; cincuenta ejemplares numerados del I al L para los suscriptores de honor, firmados por el autor, nominales y dibujos de Juau Ismael; doscientos cincuenta numerados del 1 al 250 y dibujos; doscientos numerados del 251 al 451.

EJEMPLAR N.º **236**

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Reservados todos los derechos.

JUSTIFICACION DE UN PROLOGO

Soy poco partidario de que me prologuen. No por nada; pero en todo lo que hice siempre en la vida, mejor o peor, venir de la mano de alguien no me fué apetecible, no lo deseé.

Esto era ayer, como pudiera decirse. Pero ahora he sentido la curiosidad de saber qué opinaba Gabriel Gelaya de mí. Nos movemos en un terreno que hace fácil esta exploración mía. Le he dicho que se olvidase de nuestra amistad (una amistad por carta no suele obligar a mucho) y que se pusiese a hablar sin graves retóricas; lo cual bien se comprende que no es preciso advertírselo demasiado al poeta de San Sebastián.

Es decir; que no hiciese empleo de esa amabilidad tan graciosa y de uso diario por la que cualquier libro del que alguien se ocupa desde su umbral, resulta necesariamente «lo mejor que se ha escrito en los último años». Advertencia que comprendo innecesaria porque Celaya, por fortuna, es de lo más honrado que anda por ahí y no se va por las ramas; una prueba de su inteligencia.

Y aquí está, en la antesala de mis versos. Se le ha ido un poco la mano de la simpatía; pero ello no es de extrañar ya que es, que yo recuerde, el primer caso en que se vé en tales menesteres de anunciarnos un libro (y eso parece propicio a cierta inevitable efusividad). Este libro que tiene su premio y un premio que no está mal. Pero que me parece mejor acompañado ahora. Celaya, con su gran cordialidad y su interés humano, es uno; y premios —¿no creen ustedes?— hay demasiados, por muy respetables que ellos sean.

* * *

Veo a Gabriel Celaya —y me sonrió— un tanto preocupado, en el fondo, con la Estilística; como el niño al que se le ha entregado un extraño juguete, de complicado me-

canismo, que no sabe por donde va a saltar y que le fastidia, pero que no puede arrancar de la memoria que está allí, a su alcance.

Para mí, hombre acaso algo despreocupado y primitivo, las estilísticas, a estas alturas de una poesía afirmada en dolorosas circunstancias de vida, me parecen casi *immorales* y sumergirse en su influencia, tan frívola corriente de ornamentación, como el vestir uniforme de gala y lustrarse bien las botas para entrar en un combate de tanques (donde lo que importa es cierto arrojo viril y en último caso dejarse el pellejo con dignidad, en la que no valen adornos). Por ello deliberadamente rompo el ritmo, y miro ahora con sorprendida, y compresiva, admiración a este amigo que recuerda la altiva presencia de algunos doctos Profesores, posibles excomulgadores, sobre estos y otros versos confianzudamente rotos, y en los que, la verdad, uno no piensa gran cosa. ¡Dios nos salve!

*
**

En fin, como se verá en el curso de su trabajo, Celaya, amable, nos dice que espera que haya un poco de suerte para el libro que ustedes van a leer. Acaso ya la ha habido. Porque tal como van las cosas por el mundo, tener seis simpatizantes antes de abrir las páginas de un libro en medio de la calle, no creo que esté mal del todo.

Me refiero a los cinco señores (o acaso fueran siete) que extendieron su bendición sobre este grupo de poemas, formando jurado, y, por lo que parece, al propio Gabriel Celaya que dice colocarse de su lado. Número de adeptos muy estimable teniendo en cuenta que todos ellos son poetas, y un poeta no gusta de otro poeta así como así.

Sin jactancia, pues, acaso deba mostrarme satisfecho y no esperar ya mucho más. La gran mayoría de esos libros que nos son anunciados como provenientes de una secreción del mismísimo Quinto-cielo no obtienen un plebiscito tan considerable (no cuentan, honradamente, ni con el prologuista). Seis votos: una seria cosecha. Tal vez deba uno ir comenzando a creerse un poeta de mayorías, lo cual para algo debe de servir.

M. P.

ASI ES MANUEL PINILLOS

En nuestra charca literaria abundan los poetas que, después de dejar caer montisimamente sus productos —unos productos que mi amigo Oteyza llamaría «excrementos de cisne»— ahuecan las alas y estiran el cuello, dándose aires mientras con sus feos pies de palmípedo, oportunamente ocultos bajo el agua turbia, pedalean furiosamente y tratan de abrirse camino. Pero hay otros poetas que, por temperamento, si no por virtud, ni entran en la rueda del toma y daca de nuestra pseudo-crítica, ni siquiera cuidan de guardar las buenas formas. Así Manuel Pinillos, hombre difícil pero poeta directísimo que con sus nuevos versos me ha agarrado por las solapas sin perdonos y me ha dado una buena sacudida de tú a tú, como se la dará a cualquiera de sus lectores sin demasiados prejuicios estéticos, diciéndome con rabia —con una rabia que en el fondo es amor:—«¡Vaya, confíésalo, hombre!».

Pues sí, amigo Pinillos, así son las cosas: Estúpidamente tristes unas veces y ferozmente alegres o gratuitamente rebeldes, otras. Siempre foscas y un tanto encrespadas cuando, con el peine de la preceptiva, uno trata de alisar en largos, suaves y aceptables versos ese penacho peludo que, fuera de nuestra cabeza, escandaliza y, aunque no nos guste, nos convierte en payasos.

Mucho me temo que los lindos Don-digo-Diego de la poesía de Pitimini, lamenten —ah, tristísimos— que Pinillos no haya puesto mayor cuidado en la composición de sus poemas. Pero confío que pronto —y no pasado mañana, ya que a Dios gracias, nuestros actuales Profesores de Estilística son auténticos poetas— se elucidará la necesidad de ciertas aparentes imperfecciones, es decir, la razón de amor —poética más allá de la letra— que obliga en ciertos casos a cantar no en verso libre, sino en verso irregular: Desentonando y chirriando, más que buscando armonías secretas, porque eso de las armonías secretas sólo pudie-

ron tomarlo en serio los semi-burgueses que cultivaban tardía y un poco vergonzosamente el arte por el arte; y esto de la irregularidad por efusión o bárbara explosión cordial es en cambio cosa de hombres que han empezado a abrir los ojos.

Cuando uno se siente perdido, cuando, en el vacío, el golpeteo del propio corazón se agiganta y hasta da miedo porque es como si eso, sólo eso, sonara, y con sonar tratara de dar razón de cuanto existe, se vuelve desesperadamente hacia los demás hombres, se intuye en qué medida ellos sienten algo similar, y se descansa — simplemente descansa — haciendo común lo que llevado a solas nos destruiría. Y entonces se empieza a hablar de verdad, simple y terriblemente, lírica y a la vez prosaicamente. Se habla como quien, al borde de la muerte, dice su última palabra. Como quien ama infinitamente al vulgarísimo y extraño cualquiera — «ese raro sujeto que se llama Ramírez» — sintiendo que uno al fin y al cabo no es muy distinto de ese pobre y enigmático individuo.

Así nos habla, canta, insulta y reza Manuel Pinillos en este libro, desnudándose dolorosa y peligrosamente de ese traje convencional con el que vivimos socialmente, cumpliendo nuestras obligaciones, acudiendo a los entierros de nuestros amigos y pagando puntualmente nuestras contribuciones para evitar líos. Así, arriesgando el todo por el todo, se juega entero en este desafío de última y mortal cordialidad, con el que quiere sacarnos fuera del pecho esa víscera que, por fea, blanduzca y vacilante, a todos nos avergüenza un poco. Y nos habla «de hombre a hombre», en confianza, y no diré sin literatura porque cuando uno quiere prescindir de ésta, también la hace, y barata. Y Pinillos sabe eso.

«De hombre a hombre» me parece un típico ejemplo de esa poesía que, más allá de cualquier distinción entre lo bueno y lo malo, canta claro las siempre socialmente verdades del barquero. Y como con la verdad puede irse a cualquier parte, yo confío en que este libro llegará, con salvoconducto o sin él, adonde merece llegar. ¡Basta ya de poesía confeccionada en serie! Hagamos una poesía seria y sin monerías. Hagámosla con dolorosa necesidad y con esa candente urgencia de quien se opera en su úl-

tima hora. La alegre sonetería sólo suena ya en la lejanía pero aún quedan por ahí muchos garcilasistas vergonzantes y muchos poetas de cuello duro con costra de gomina en el corazón tanto como en la cabeza. ¡Que Dios tenga en su gloria o en su limbo por los siglos de los siglos a esos expirantes aspirantes a la falsa eternidad de las incorregibles Historias de la Literatura! En este pequeño mundo de hoy, que es el único del que sé algo, yo me quedo con los hombres que saben hablarme como Manuel Pinillos me habla. Porque lo demás es mala literatura; y mañana, Dios dirá.

GABRIEL CELAYA.



*La fatiga de gentes que desconozco
pesa sobre mis propios párpados.*

H. v. H.



CASI TODOS LOS DIAS

CONFIDENCIAL

Me pesa, bien te digo, tal miseria,
la tuya, la de Juan y la del otro.
Me cansa y cansará como la Historia
que aprendieron los bancos del colegio,
los sufridos primeros,
los tan hijos de Dios y de otros partos.
Me pesa, sí, me pesa esta abundancia
de nombres tan los mismos y de cosas
que nadie atiende porque se repiten.

Seamos algo rudos por decirte,
hombre que como yo vas al trabajo,
sudás, te afanas, vives perramente,
te casas por costumbre y te limitas
a soñar con los sueños que no cuestan
apenas más que un poco de tristeza;
por decirte que yo, que tú, que el otro,
no tenemos ni voz para escaparnos
al ruido de esta edad que nos soporta,
a las mil peripecias de la vida,
al ahogo inquebrantable del recuerdo.

Y sin embargo, existe el mar. No el eco
de su rudo quebranto por la roca.
No su clamar pendido de los cielos.
El mar, el mar azul, enorme y solo.

¿Qué haces tú frente al mar? ¿Dónde te sales
a recogerlo pleno, en qué pereza
inerte te desecas, duermes, mientras
su salvadora frente se levanta?

Callas —duermes—, te acabas.
Inútilmente busco tu conciencia.
Ay, tu corazón leve, tu cansancio,
tu lejanía de ti, tu cobardía.
Ay, tu fruncido horror ante el futuro
(acabado, minúsculo).

Yo te he visto, tan tímido, doblarte
en peso del destino y la injusticia,
mirar con ojos turbios que ocupara
tu puesto uno cualquiera, el que más grita.
Yo te sé alimentado de rencores
menudos, por pasivo, por pobre hombre.

El mundo se hace antiguo con tu carga,
con tu vacuna mansedumbre gris,
con tus bilis que mueven los audaces.

Casi no queda ya un poco de tierra
para plantar la rosa,
un pájaro al que abrir balcón el pecho.
Casi no quedas tú, crucificado
en tus pequeños gólgotas.

Casi no queda nada que salvarse.

¡Tu llanto humilde, retenido, llora
sobre ese triste corazón del mundo!

Amigo, amigo Juan, amigos míos,
llamemos a las cosas por sus cobres,
su piedra, su rigor. Su engaño tonto
de oro, quede a espaldas de tu empeño.

Hiramos el confín ya no de extensas
palabras importantes y algo inútiles:
de presencias enhiestas, de verdades,
como el que quiere oír y se levanta.

Os hablo con la voz que os olvidásteis.

PROTESTO

No entiendo ni me importa qué conciencia acabada,
qué rayo sin cabida, qué acartonada frente,
están donde su angustia los cife de fracaso.
Pido que se levanten, que cubran el sol frío.

Allí recobran, trazan su ilimitada fuerza,
aquí surgen, elevan su empuje sin fisura.
No sé si amor o ira revelará su paso
pero el mundo, más firme, ensanchará el espacio.

¿Qué sed para vestiros de incontenida planta?
¿Qué labio presuroso para correr al agua?

Morís por no ofrecer al heridor embate,
pues que causa más bajas el rehuir la muerte.
Clamad, fluid, cual tallo que arroja flor y fruto:
os hallaréis, ya basta; valemós de extendernos.

Mi protesta es de estar en un mundo impasible.
Algo movió los astros, rebelde fuego, el ascua
llameante que penetra la noche, el mar en calma.
Algo se mueve entre esa negrura que abre el aire.

Bajo el caído tiempo, los brazos bajos, iras
agazapadas, ruge un ya torrente que alza
su voz, la de olvidado. Temed, temedla, hijos,
os lanzará su apóstrofe y os sentiréis culpables;
inermes de vergüenza, de hambre y de rutina.

Después, seréis hundidos sin grave esfuerzo, leves.

ESTE TIEMPO NO EXCLUYE

Dime, deseo saber si estás lo bastante loco-cuerdo
para no conformarte con que te aten a un poyo,
o te hagan dar vueltas a la noria del mundo.
Deseo que me digas si tienes sangre en las venas,
si te importa una higa ese asunto tristísimo
que Carlos Marx nos dijo y ahora dicen
que diría. Si entonces,
te vale mucho más lo que tú dices,
lo que tú sientes como un grave peso,
una angustia, un fragor dentro del pecho en lumbre.

Porque tú sí que tienes algo más por decir,
y te pesa ese llanto que derraman los aires,
ojos fríos sin sueño de todos los cabezos
donde queda una sangre cortada por las flores.

Porque tú sí repartes la tierra con los pobres
de soledad y tiempo, para lograr lo justo;
tú que no tienes puesta camisa ni ternura.

Dime, dime si lo que sirve es matar o morir
como el pez en el agua o mejor es salvarse
esa alegre pantera que bulle por la sangre,
con tus dedos engarfiados en el sol que se evade.

Sí, dime si tú eres el viejo combatiente
que luchas por los tristes privilegios,
por las ricas prebendas;
por nada,
por nada;
o defiendes el orbe en la tierra de nadie
por arma el claro trino del sol de mediodía.

Dime. Di más. Si antes
que la evidente ruina
de ese raro sujeto que se llama Ramírez
—nombre con el que vuelves la cabeza si te hablan—
te reclama en las venas mucho más la estrechura
con que cierran los ojos a la hoguera del día
con tu mano ya exangüe,
con la faz mentirosa que estrangula sus águilas.

Dime, ah, dime al punto
si tu locura te mantiene despierto,
si irás a alguna parte donde bullan dos palmos
de terreno en que alzarse tu morada aún posible,
en que aun se le llame al tarquín lodo a secas
y en donde hay acaso
la más leve esperanza
de que no sean dos y dos cuatro. Pues dime
si puedo confiarte mi ya justa nostalgia
en los fuegos ocultos, en los tronos dormidos.

Si no olvídame presto:
olvídame, buen hombre.

UN DIA DE ESTOS

Un día, sólo un día que tú esperas
para hablarte muy seriamente, un día
en que te abra en resplandor la frente,
en que a tu ojo se confíen mares;
en que despidas el pasado yermo.

Todo, aquel día cristalino, todo,
se llenará de júbilos o garras,
te crecerá aquel vértigo en el labio,
te aplaudirán las hojas del futuro.

Tú triste vida ofrecerá su playa
a la dorada pleamar que avanza.
Ah, viva dicha, ah, palpitar profundo.
Ah, rosa, nardo, perennal perfume.

Un día, sólo un día, en donde hallarte.
Incómodo quehacer al romper nuevo
para sentirse
que cuajarás en él, eterno y ancho,
repleto en claridad de hermosa cumbre.
Pero ese, ¿cuándo, cuándo, cuándo, cuándo?
En sueño te propone.
En sueño. Como el nunca.

LAS PRISAS

Las prisas son ese agua que nos bulle
un vago sobresalto de conciencia,
como si todo el orbe te esperara
muy pendiente de ti, tu perra vida.

Las prisas son las olas que te empujan
a la lima del viento y la escollera,
murmurando del tiempo, del destino,
para no llegar nunca a cierta parte.

Son las alas que inútiles nos plagan.
Nos conducen nerviosas a las albas
que parpadean débiles, cansinas.

Contra reloj te afanas, vibras, urges.
Después, ahora, elevas cual la llama,
el aire, el aire, en palmas de ceniza.

LOS QUEHACERES

Hay un quehacer que tiene puesto un noble
rostro de necesario. En él apoyan
los importantes hombres esos juegos
con los que abren los Bancos, brillan, mueven,
se acuestan con su amiga, botan barcos,
se fuman largos puros o fallecen
(no os olvidéis por eso de enviarles
los más caros, lozanos crisantemos
a su entierro de precio).

Hay el quehacer de amar a más de una,
jugarse el sueldo, ir a los toros, ir
a todas partes donde vaya un hombre.
Ser eso, un Hombre. Ser muy bruto, al cabo.
Ser así, como el que dice, un caso.

Otros quehaceres hay, como llorarse,
ser hombre puro, doctrinal, honrado.
Criticar al Gobierno, a Juan, a Roque,
hacerle a todo cristo la santísima;
ser bueno, recordárselo a la gente,
hablar de uno. Siempre
esa arrastrada vida que uno lleva.

Y hay aquel otro, aquel quehacer que espera,
puntual y fiel en cada día, espera
agazapado en un andamio, al viento.
(Y un día así, sin más, morirse y gracias).

LOS SUEÑOS

Tú, hombre feliz pues no te falta nada
(gozas de todas las completas vísceras,
tienes un sueldo para nueve y una
hermosa ulceración en el estómago);
tú que no gastas más que lo preciso
para ir viviendo, en fin, como se puede
y algo también para el bicarbonato;
tú que sin duda andas de continuo
a golpes con el tiempo, porque acorta
tus rentas de posibles y en el alma
—ah, esa pobre ursulina, esa apagada
verberación de voz que te trasuda—,
en el alma de Dios te va dejando
un poso de avaricia en los minutos;
tú tienes una puerta por el sueño.

Alégrate, caramba. Libre escape.
Allí bulles, prosperas. Allí naces
magnífico. Allí vacas. Derrochaste
fortunas fabulosas. Creces. Vuelas.
La vida es un domingo, el mundo un blando
y descansado lecho. En su hermosura
de sueño rosa y dulce, grande, amigo,
—¡qué gran cosa los sueños:
a veces se nos cumplen!— te confieres
que es posible que asciendas, sí, de un salto
a jefe de segunda y este estío
—padre triunfal— te nazca el décimo hijo.

(Enhorabuena, es justo, ah sueño, ah suerte.
Es lo que tiene ser un hombre honrado,
un hombre que se mata de ser eso).



TE DARAN UN CARNET

Era un tiempo feliz en que creiste oírte
elevado en orilla de tu anhelo, otras tierras
que regían los lagos donde el sol vive indemne.
Era el tiempo en que todo se acompasa a los vuelos.

Te mecían las ondas de tus tiernas edades,
rastros puros, semillas del antojo celeste.
Incitaste las músicas en que el alma se aplaca.
Sí, te ibas sabiendo, como nunca, ancho y libre.

Tú creías, creías, en las cosas más fértiles.
La bondad de los tontos, la pureza de la hembra,
el dolor de los hijos, la tersura del dócil.
Aun esperaste que alguien, como aquél, el sol pare.

Mas que pronto lá sangre halló un pasto de muros;
todo un dique comparte aquel techo del niño,
azul; aire, desvío donde puso su labio,
donde el beso fué estrella,
donde un agua tranquila era su ojo en el tiempo.

Ahora, el río imperioso de olas rápidas, bruscas,
en que el brazo recoge su fluvial instinto,
de los sotos compactos ribereños se aparta:
rige el árido y fosco pedregal donde muera.

Con tu amor todo anchura te partirán sin puente.
Ni una acera en tu puerta, ni una mano en tu vela.
Han de plantar un número en tu frente de espacios.
Sobre el viento en que creces sus mil cláusulas, oh alma.

Hace tiempo, ay, que tienen ya listo el panteón
donde irán con tu cuerpo, tu esperanza y tu risa.
Aquel hambre de todo lo han colmado en cupones.
Te darán un carnet, una cifra, la muerte.

LA TRISTE SOBREMESA

La culpa no es de nadie. Sólo un poco
de esa mesa-camilla, ese esperpento,
y tu pereza intacta, milenaria,
para partirla astillas, para huirla.

Como a tu vida sorda y maniatada,
sobre su vaciedad le has puesto una
resignación pretérita. En sus playas
te duermes —mar de aceite— día a día.

Una sonrisa dura, fría, te hace
más antiguo, más solo. Porque sabes
como el alción se abate entre la espuma
no por llevarse el sol bajo el agua.
Sólo por un momento pez del aire,
pez de la mar, mil peces por sus sueños.

La culpa no es de nadie. Tú sonríes.
Como punzante aliaga en los pantanos.
Como esa mar de noche, eterna
melancólica. Tú, tú que te quedas
por todas las esquinas,
aquí yaces también, aquí te acabas.

Aquí, junto a los días,
junto a las tardes blandas, con Teresa
—qué mar para tus olas turbulentas,
adiposa ya de horas y de hijos—
sentados hombro a hombro, tedio a tedio,
mírate para siempre.

La culpa no es de nadie. Tú la buscas
cuando —un breve arrebato de rebelde—

te recoges de pronto entre tus hienas
más prestas para el odio, para el salto.

Pero sinceramente,
la culpa no es de nadie. Está la vida
esa, la vida, el tonto empeño
de ser uno de tantos. Ya eres padre,
vagas por ahí en dos o tres pedazos,
te salen dientes en su boca tierna
mientras los tuyos se te caen y cada
día, palabra, triste es decirlo,
te vas quedando ya un poco más calvo,
o un poco más muerto a fin de cuentas,
dicho de otra manera.

Así te morirás, otros lo hacen,
es cosa ya sabida.
Te morirás, bien puede ahora decirse,
sin haber conocido mejor cosa.

Porque eso sí, di que otra empresa noble
haces todos los días más que irte
muriendo poco a poco de cansancio.
De cansancio, y de bruma, y de tristeza.

Qué mil hilos delgados, invisibles,
te atan a aquella tabla
recubierta
de barato faldón de paño oscuro.
Qué nostalgia remota entre sus anclas.

Pero tú bien lo sabes,
la culpa no es de nadie; y todos vamos
pegados a ese triste apaciguarse,
las horas junto al fuego del brasero
a falta de otro, abierto fuego en llamas
del corazón, del sueño.

No, no importa.

No quemarás su faz de pino seco,
no salvarás tus naves. Todo es eso:

la vida es una larga sobremesa
desde un largo bostezo de familia.

(Y sin embargo, cuántas
las veces que pensaste torvamente:
ay, si yo fuera otro, si no fuera...
Si volviera a empezar con esta vida,
si le prendiera fuego a la camilla.
Vaya, confiésalo; hombre).

TE HABIAN DESTERRADO

Te habían desterrado. Anteriormente
era otro tu destino, otra tu suerte.
Algo más elevada (con permiso).

Dicen que eras un ángel.
Dicen que eras un niño, fresco y puro.
Un niño por los bosques,
un niño con la estrella.
Un manso niño fresco por la yerba.

Dicen que eras un dios altivo, fuerte,
guerrero de los mundos,
que guerreabas con sus oros, aires.

Eso dicen, lo dicenjuran. Yo,
no lo afirmo, no lo sé muy bien,
pero lo acepto. Acepto algunas cosas
algo más raras, ciertamente raras,
porque cuesta muy poco y es lo mismo.
Acepto hasta creer en la virtud
—que bueno, ya es bastante—
y aun comulgar con ruedas de molino.

Ahora, tu ángel, es un pobre diablo.
Tu ángel, es un ser que jura y sopla
detrás de ese tristísimo pupitre.
Llenando los asientos del Mayor,
pensando con tristeza en la bronquitis,
enterrando a los viejos camaradas.

Algunas veces, sueña con aquellos
antepasados célicos; acaso
te atrevas a decirlo en un poema.

«Un revuelo de rubias primaveras,
de audaces hombres bajo el sol de mayo.
Un correr por los campos bajo cielos
hermosos sobre lomo de aéreos potros
desde crines flameadas por las brisas.
Un agua espejeando.
Una risa de todo»...

¡Grata historia tan dulce,
deliciosa, esperada!
Unas trémulas alas se reparten,
entonces, unas alas,
por tu espalda algo dura ya y convexa.
Vuelves, un breve tiempo, adonde fuiste.
Vuelves, te reconfortas, siglos paces.
Viras ancho, rehaces los paraísos.
Y ahora
apenas se oye el ruido imperceptible
de los escalafones molturándote.

Te habían desterrado —¡pero hombre!
mas tu ángel no descansa...
si lo dejan.



ESA MUERTE SI SE ME PERMITE

VAMOS TIRANDO

Por aquí, qué remedio, si os place
vamos tirando. En este viejo suelo
y un tanto putrefacto aun somos gente.
Nos caemos de idiotas. Nos levantan,
y otra vez a la vela, al tiempo, al tajo.
Algunos, varios, somos buena tropa
fácil de contentar pues casi nunca
dejamos de mascar flores o arcángeles
(y a cambio alguien se come nuestra sopa).
Nos rompemos los cascos de correr
de la Ceca a la Meca por si salva
a los honrados hombres, que no piden
ayuda, y muy contentos
marchamos sin cuidado a toda parte
prontos a recoger el premio —una
blasfemia, un rudo gesto—
y así vamos tirando. Aun somos gente.
Un día,
nos morimos —qué hacer— y nos disponen
una palabra encima. Así. Poeta.
Y la gente que pasa se sonrío. Con lástima.
De pena. Bien se entiende.

LOS MUERTOS DE PRIMERA

Porque me temo mucho que no anda bien la muerte,
que no todos los muertos lo son de igual manera,
que mueren diferentes uno de otro y que surten
un mundo complicado de diversos efectos.

Yo he mirado la cara de algún que otro difunto
—si tú no, he de afirmarte que no es un trago alegre—
y se notaba pronto que había quien se hallaba
en cierto modo a gusto sintiéndose tan muerto,
y aunque algo descompuesto —es decir, hecho un asco—
no tanto al menos como la adyacente vida.

Otros en cambio estaban con cara de cadáver
profundamente herido en sus severos gustos,
mostrándose molestos ante tal podredumbre
y aquel perder el tiempo sin marcharse a hacer algo
eficaz, incitante,
a organizar alguna sociedad lucrativa
o a jugar un buen bridge en lugar de estar tiosos
y llenar de gusanos y de huesos las sábanas.

Asimismo había otros fallecidos expertos
que al fin no hacían otra cosa que reiterarse
pues toda su existencia no fué cosa distinta
de estar tan a conciencia totalmente acabados.

Bien pienso, en suma, que son sólo, los más tristes
los muertos que se aceptan así, sin inmutarse,
y que son los que mueren en toda la palabra;
pues raro caso fuera morir en los que hieden
y van desde la cuna con su miseria encima
como ocurre en los casos que anteriormente expongo.

Tales son los mejores muertos que recordamos
con su gesto de pena pacífica, apagada,
y el corazón ligero de haberse descansado
volando por el cuarto con rezos y penumbra
donde los familiares huelen a muerto serio,
a muerto que se envidia pues todo lo ha resuelto
(y no como el que queda —que hay que ver como queda
con sus problemas, su hambre, su miedo, su desnudo—,
pues ni siquiera tiene vigor en los pulmones
para gritar un poco cuando hay muerto en la casa
lo cual ocurre, es cierto, con alguna frecuencia).



UN MUERTO COMO OTRO

Un muerto como otro.
Un muerto de rodillas.
Un padecido muerto
cansado de implorar
Se hundió bajo los nichos,
la ya piadosa sombra,
ni un grito, ni una sílaba,
ni un beso entre las fauces.

El ojo triste, leve,
apaciguó las brumas.
No llora, no pasea
por los callados parques.
Dormía dulce, oscuro,
la palidez del labio
ni una breve memoria
de otro cálido amigo...

Allá afuera, no obstante,
alguien lo hizo bandera.
Lo alzó sobre los hombres
resentidos, lo puso
por ejemplo, lo mueve
con astucia, lo dora
de un halo de heroína
virtud.

El no se entera,
nunca sabrá, descansa.
Reposa bajo noches
iguales, lentas, duras,
roído de recuerdos.
Si supiera, si oyese,
si los muertos se alzasen

a contemplar el mundo,
escupiría al suelo,
al barro pestilente
en que lo ondean, viles.

LOS ULTIMOS

«Los últimos serán los primeros.»

Son aquellos que tienen rubor en los zapatos
—su subir escaleras, su frecuentar las colas,
su buscarse en los trenes viajeros de la noche—.
Son los que duermen bajo los puentes,
la cara salpicada de un insulto de luna,
la palidez del rostro reseco de nostalgias,
los dedos carcomidos de un amargo desprecio
porque nunca palparon la madurez del trigo.

Son los que se consumen bajo el gris del crepúsculo
mirando vagamente el sol de las colinas,
los prados ondulantes y el rebaño pacífico;
todo un mundo lejano, polvoriento, imposible.
Los que pisan al raso esas albas del cierzo,
silenciosos, sin sueño, tiesos entre los árboles.

Son los tristes, los rotos bajo la miel del aire,
los callados, los místicos de una pobreza augusta.
No saben donde estar, no piensan a donde ir.
Son los que se reparten por la piel de la tierra
sin más suelo que el que ahora les clava a los ocasos.

Los miraréis vagar donde los luminosos
letreros de los cines, detenerse en las puertas
de los grandes hoteles. Recoger las colillas
del tabaco amarillo con un carmín de labios.
Aspirar brevemente los perfumes, el vaho
caliente de los cuerpos, las risas, unos pasos felices.
Su sarcasmo apenas se pronuncia, son mudos, dolorosos.
Caerán como los trapos golpeados por las rachas
del norte, de las lluvias. Caerán. Se oirá su frío
chocar contra las piedras. Nadie sabrá su tránsito.

Nadie podrá salvarlos porque no tienen nombre.
Nadie darles un número: no han sido, no existieron.

(Y con todo,
sin ellos no se explica la muerte).

EL VUELVE

El, vuelve de la guerra.
Vuelve de oscuras noches,
de espantos silenciosos.

Fué a defender hermosas
palabras. Nunca supo bien lo que era.
Nunca lo supo, fué
ni triste ni alegre. Fué, eso es todo.

Trae grietas en los ojos.
Trae ojos con miradas como grietas.
Hondas, enormes. Grietas como abismos.
Abismos, negros cráteres,
dolores, miedos.

Vuelve,
con aquellas pupilas cruzadas por los látigos
azules de los tiros.

Los labios —ay, los labios
despiadados, desiertos, sin las risas—
ya no sostienen lilas, mentas, frágiles:
las que aquel niño con sus blancos dientes
cortó. Son apagados, rencorosos,
distantes, fieros, árticos.

Serena el pelo una
aun ráfaga de luz, como una mano.
El pelo desmayado
de adolescente tierno, dulce. Besa
su rostro niño, ambiguo, con su dedo
delgado de oro-mimo.

Ha vuelto. Preguntadle
qué sabe de la guerra, de otras cosas.
Qué sabe de la noche, qué sabe del «no sabe».

Luchó, sufrió. En las largas
jornadas insaciables,
pasó bajo los arcos
en ruina, por las grietas
de la tierra violenta;
por su llanto.

Fué, vino. Como un viento desmembrado,
como un huido lobo que persiguen.

¿Adónde iba? Vuelve.
Trae dunas en los ojos, trae las bombas,
ríos de fuego airado.

Le esperaban la noche —nuevamente—
y los despachos tristes, y los fríos.

Ha vuelto. Acaba el viento,
Dios, el huracán límite, las horas
regidas por la furia. Está tranquilo.
No le ronda el aplauso. Y es el héroe
(triunfó, oh dioses: ¡salve!), y es el Uno.

En la frente sin mares
—victorioso—
la última sangre flota.

SIN SITIO

Bien puede ahora advertirse sin rebozo.
Estaba tan a punto aquel menguado
que al caer hizo poco aparato de ruido.

Era un muerto pequeño, silencioso.
Un buen muerto, pacífico, educado,
con aquella sonrisa del que no espera nada.

Lo enterraron de prisa,
sin ningún miramiento, le salía una bota
por la tierra apretada.
Y el pequeño miraba suavemente
dentro de aquellas tablas,
detrás de aquellos palos retorcidos,
en cruz, que lo signaban.

En vida era molesto para la buena gente.
Bien puede ahora afirmarse por cualquiera,
cuando su torpe paso no es probable
que vuelva a descubrirse en las aceras.

Era un tipo algo sucio.
Y le crujía el ser en gran manera,
lo cual era del todo inaguantable.
Sí, antes de su obstinada negativa
a seguir respirando débilmente,
se hallaba tan enjuto y tan roído
que los huesos sonaban a cosa que se rompe.

Era un muerto menudo y resignado
que pedía perdón por cualquier cosa;
por ocupar su puesto, por expulsar la tisis
con profundas y largas emisiones de tos
y de expectoraciones.

Imploraba humildísimo
su porción de mendrugo,
su migada de salsa en caldos económicos.
Contrito aquel buen hombre expuso su gran pena
(«excúsenme», fué su última palabra)
por dejar su esqueleto desprendido
en un rincón no grande, no mayor que su cuerpo.
Era, de vivo, un muerto
algo raro y pesado de llevar por la gente.
En cualquier sitio estaba, pegajoso,
aquel tipo.

Ahora está encogidísimo,
procurando el pequeño no quitar tierra a nadie.
Sin apenas chupar su corrusco de hierba.
(He aquí un muerto barato
y más mudo que nunca).

Pero, ay, que no sirve
ni para muerto el misero.
Allí, el can escurrido, del lugar de los muertos,
el que tiene que hallarse el sustento a diario
de lo que encuentra a mano
removiendo en el polvo,
dicen que a esta hora lleva regular temporada
que le toca algún hueso
(no excesivo en tamaño pero sí practicable)
de un reguero abundante
que vomita el silencio,
que la tierra no toma
porque valían poco los huesos de aquel hombre.

CON MANO FUERTE, ENTERA

Con mano fuerte, entera. Cerca de ti, la mano
que besa el hijo, el surco, que lame el can; la mano
que cierra el firmamento, el sol bello, las brisas
ya mínimas, los pájaros frugales de las crestas.

Con mano casi humana como el pan de a diario,
el lomo sucesivo, callado, del silencio.
Con sus dedos, su palma
redonda, plena; coges su rostro herido, su ósea
cintura, su hombro aleve. Se te alza por instantes,
roza tus labios, iza su madura forma.

De lejos viene un triunfo dé caldeadas carnes.
A espaldas va apiñándose su cuerpo. Crece. Crece.
Su mano —fuerte, oscura— te lo moldea. Y siempre
—extraño amor— lo apartas cuanto más —ay— es tuyo.

Tuyo, sin ti, su brioso aliento que te apaga.
La mano traza un gesto de adios y de saludo
cuando, sin fuerza, eleva tu muerto —¡al fin!— tan vivo.



ENTRE TU Y YO



DE UN VIVIR

¿Sé bien aún lo que quiero?
¿Lo sabes tú, Juan Lanas, amigo pacientísimo?
Antes sí lo sabías de tanto no saberlo,
de tanto no pensarlo muy en serio.

Sabías que te era agradable inventarte,
pasearte por mundos difíciles, intactos.
Tener tus propiedades en islas imposibles:
un modo como otro de burlar el espanto.

Pero los sueños tienen algo de fuga tonta.
Los sueños nos estafan la auténtica presencia.
No somos ya ni nuestros, somos de otro, nos roban.
Cuanto soñaste queda, donde su tacto, el beso.

¿Sabemos de verdad qué es lo que, en pie, queremos?
¿Latir? ¿Ser cada día un estómago, un sexo?
¿Desprenderse de todo y quedarse a esperar?
¿O morirse a conciencia como un tallo partido?

Ah mundo, luz, distancia, todo lo que te acosa.
Instante de vivir y no vivir, y estarse
sintiendo; y no sentirse y sér, y estar pasando
como imparable curso sin comprender por qué;

que te acucia si ignoras para qué este cansancio,
su sed, su insoledad, su fiera lucha a diario;
contra mundos sin nombre, contra querer la vida.
La vida que no es vida, eso es lo cierto, ah triste.

HOMENAJE SENTIDISIMO

A un mal poeta

Todo es según el ojo que lo mira
—como diría aquél— y numerosos
admiradores tuyos aquí te alzan
un claro monumento de esperanza
desde mi verso amigo.

El mundo está algo viejo, compañero,
arriscado y ruidoso.
El mundo está algo solo, algo cansado.
Tú nos lo vuelves nuevo.

Admirable labor la tuya cuando
dejando el tosco arado en que abres, labras,
tus tierras pobres, vuelves la cabeza
y cortas esa tierna flor oscura
sacándola del fiemo que nos cubre.

Otros en tu lugar, claman, padecen,
y desde luego, amigo, se deciden
con ardor a la parca agricultura
que es lo suyo (y lo tuyo, si me dejas);
pero tú, reincidente,
limpias el orbe como puedes. ¡Honra
a tu empresa eficaz, tu esfuerzo noble!

Cuántos serios, honrados operarios,
desde su diario puesto se confiesan
impotentes al duro hacer. Qué estela
de sabios hombres rasgan sus vestidos
declarando finar su obra amputada.

Pero tú, sigues, seguirás. Te mueve
la fuerza atroz que mueve al mundo.

Llamas a Dios, aun tartamudeando.
Sueñas ingenuos ritos, giras, naces
como la margarita, en cualquier parte.

Ah, gloria a ti, tenaz. Gloria a tu gesto
que nos rejuvenece. Tú jugando
con los resortes vivos de lo eterno.
¡Qué importa si los andas a pie cojo:
algo se dejarán, fresco, en la tierra!

No hay ironía en mí, te hablo alegrísimo.
Estoy harto de guerras, la tuya es buena.
Mano infecunda, es tu pie el que cobra
importancia, si andas los caminos
para encontrar molinos de aventura
aunque tu lanza corta y astillada.
¡Seriamente lo digo!

SUBVERSION

Yo me la toco encima, todo se cambia, el aire
arrastra filos, hojas, de un cielo, un árbol, turbios.
A dentelladas pasas defendiendo esta vida,
ésta que encarece un gesto de tu mano.

Está muy frío el mundo aunque aun le queden rosas,
como bajo la nieve transitan aves, selvas;
o primaveras de alguien se miren en los álamos
con invierno y las ramas desnudas bajo el cierzo...

Oh confusión, desdoro. La luz opaca besas,
el ácido jardín. El alma se te enreda
en cielos bajos, frondas. Nadie te recuerda.
La noche ocupa el día. (Ese es el que amas, míralo).

¡Limpia primero el agua de la mar! ¡Limpia el mar!
Desinfecta los pájaros que el cielo ve, te arroja.
(No creas a tus ojos, los ojos de tus ojos:
que te sueñan un bronce fingido de alegría).

Mas, ay, comprende el ímpetu una esperanza. ¿Y qué
altiva voz responde a esa olvidada suerte,
la soledad del tiempo en que has aparecido,
el aire que respira tu pulmón bien anémico?

Nada hay que te conteste. Acaso Dios. Y es mudo.

EPISTOLA AL PADRE

(Con todos los respetos)

En fin, pues no hay opción, si nos hiciste
un poco a tu manera, sin lugar,
tú que no tienes sitio y vas corriendo
buscándote en las cosas que te olvidan
(tú que te aburres tanto en todas partes),
perdona este bostezo en que te miro
colgando de las nubes que te lloran.

Te llenan tantos siglos casi iguales
(tantos siglos me turban en los años),
te refleja tal ola en que se apaga
la mar que te refleja sordamente,
el viento que no ve a donde acudir
o la erecta montaña sin cobijo.
Oh, Dios, qué aburrimiento en tu pupila
que ignora ya qué hacer con este mundo.

Ven, vamos ya los dos a resignarnos
a que las cosas vayan como puedan,
rompiéndose de viejas, de cumplidas;
de inútiles, rastreando.
(Pero no se lo digas,
—digamos—, pues, Señor, eso les falta).

Comprende como yo que esté la rosa
harta de ser montada por los sueños
que aroma, eleva. El tacto
de la rosa del mundo, bien servido.

Comprende que no sale el sol amigo
para dorar las nieves que nos dejas;
la cáscara algo amarga de las llambrias
del mar de Dios. Compréndelo, es posible.

Y el hombre, yo, Señor, toda esta prole,
comprende bien, qué puede hacer, podemos;
dónde ponerse con la tierra encima.

Querido Dios, confiesa que la broma
dura ya suficientemente y que ahora
no encuentras la salida. Vamos, vamos,

vaya un flaco servicio el que te hiciste
derramándote en mundos que te estrechan,
en devastadas ubres donde yaces.

Ven, ya es tiempo de dar sueño a la rosa,
sosiego al mar, al pájaro respiro.
Y dime, dime, a qué aire de jardines,
en que río de voz, sobre qué campos,
tu, yo, nos tenderemos descansados
de tanto tedio, a medias, de este vuelo
ya presuroso yendo hacia las partes
de un Todo que te escapa, que nos burla
(pues nos vamos volviendo viejos, Padre).

Ve y reconoce al fin nuestro fracaso.
Estamos bien maduros, nos morimos.
Compréndelo, compréndelo. Eso es todo:
nos han dado el retiro.
Padre mío.

SUSCRIPTORES DE HONOR DE ALISIO

- I *Carmen Conde*
- II *Trina S. Mercader*
- III *Chona Madera*
- IV *María Rosa Alonso*
- V *Laura Grote, Vda. de Pinto de la Rosa*
- VI *Carmen Laforet*
- VII *María de Gracia Ifach*
- VIII *Gerardo Diego*
- IX *Vicente Aleixandre*
- X *Manuel Pinillos*
- XI *José García Nieto*
- XII *Alberto Sartoris*
- XIII *Juan Guerrero Zamora*
- XIV *José Luis Cano*
- XV *Marcel Leibovici*
- XVI *Eduardo Westerdahl*
- XVII *Ventura Doreste Velázquez*
- XVIII *Pedro Lezcano*
- XIX *Fernando González*
- XX *E. Gutiérrez Albelo*
- XXI *Pedro Perdomo Acedo*
- XXII *Juan Rodríguez Doreste*
- XXIII *Manuel Morales Ramos*
- XXIV *Francisco Martín Vera*
- XXV *Juan Hernández Calimano*
- XXVI *Antonio de la Nuez*
- XXVII *Gabriel Celaya*
- XXVIII *Simón Benítez Padilla*
- XXIX *Francisco Hernández González*
- XXX *José Curbelo Iglesias*
- XXXI *Dámaso Alonso*
- XXXII *Rafael Montesinos*
- XXXIII *Vittoriano Petrini*

- XXXIV *Mario Angel Marrodan*
XXXV *Manuel Reverter*
XXXVI *Ana María Viguera*
XXXVII *Joaquín de Entrambasaguas*
XXXVIII *Sebastián Cruz Quintana*
XXXIX *Carmina Paz Riveiro*
XL *Manuela de Isasi*
XLI *Wifredo Ricart*
XLII *Matías Vega Guerra*
XLIII *Francisco González González*
XLIV *Rafael Cabrera Suárez*
XLV *José Colomer*
XLVI *Agustín Pera Planelis*
XLVII *Rafael Navarro Jiménez*
XLVIII *Vicente Carrasco*
XLIX *Ettore Panciroli*
L *El Museo Canario*

INDICE

	Págs.
Justificación de un prólogo	9
Así es Manuel Pinillos	13
CASI TODOS LOS DIAS	
Confidencial	23
Protesto	25
Este tiempo no excluye	26
Un día de éstos	28
Las prisas	29
Los quehaceres	30
Los sueños.	31
Te darán un carnet	32
La triste sobremesa	34
Te habían desterrado	37
ESA MUERTE, SI SE ME PERMITE	
Vamos tirando	39
Los muertos de primera	40
Un muerto como otro	42
Los últimos	44
El vuelve	46
Sin sitio	48
Con mano fuerte, entera	50
ENTRE TU Y YO	
De un vivir	51
Homenaje sentidísimo	52
Subversión.	54
Epístola al padre	55



Esta primera edición de
«DE HOMBRE A HOMBRE»
volumen I de la Colección de «ALISIO»,
que dirige Pino Ojeda, se terminó de
imprimir el 9 de Octubre de 1952, y fue
compuesta a mano por José Vega Herrera,
en la Imprenta Lezcano, calle Angel
Guerra, 6, Las Palmas
(Canarias)



El poeta Manuel Pinillos nació en Zaragoza y es licenciado en Derecho por aquella Universidad. Posee varios galardones de los que el más reciente, el Premio «Ciudad de Barcelona» 1951, de Poesía castellana, le ha sido otorgado por el libro que aquí damos a conocer.

Los títulos de su obra publicada son «A la puerta del hombre» (1948); «Sentado sobre el suelo» (1951); «Demasiados ángeles» (1951); y «De hombre a hombre» (1952). Para fecha próxima, anuncia la salida de «Tierra de nadie», en la colección madrileña «Nebli».

Manuel Pinillos es editor de la revista «Ambito», y colabora con frecuencia en las publicaciones poéticas españolas y algunas extranjeras. Ha cultivado también el periodismo, dentro del que obtuvo el Premio nacional «Africa» en 1947.

En la obra de este poeta pueden hasta ahora distinguirse dos tendencias. Este libro que hoy publicamos cae plenamente dentro del ciclo de un realismo amargo, que ya apuntaba en su libro último, donde se mezclaba la transición de su tono romántico-panteísta a esta nueva voz que ahora vibra con acento más ceñido y más bronco.

